

PUERTO RICO EVANGÉLICO

"PRO CRISTO"

REVISTA EVANGÉLICA QUINCENAL.

Sale a la luz los días 10 y 25 de cada mes.

Suscripción: En E. U. Cuba y México..... \$1.00 al año

En los demás países..... \$1.25 al año

Las suscripciones se pagarán por adelantado.

Entered as second-class matter July 10, 1912, at the post office at Ponce, P. R., under the Act of March 3, 1879

Acceptance for mailing at the special rate of postage provided for in Section 1103, Act of October 3, 1917.

Angel Archilla Cabrera, Mayagüez, Director.

Philo W. Drury, Administrador.

Administración y Redacción: Calle del Jobo, 7.

Dirección Postal, apartado 537, Ponce, P. R.

Editado por la "Compañía Tipográfica Puerto Rico Evangélico."

AÑO 11

PONCE, PUERTO RICO, JULIO 10 DE 1922

NÚM. 1

EDITORIAL

AMEMOS MAS AL CAMPO.

La vida del campo es en casi todos los países, y especialmente en Puerto Rico, la base de la vida económica y social de los mismos.

Las tres principales fuentes de riquezas son el comercio, la industria y la agricultura, pero sin ésta no podrían existir las otras dos. Y nuestro país es preeminentemente agrícola y secundariamente comercial; apenas tenemos fábricas o industrias.

Además, más del ochenta por ciento de la población vive en el campo, y la población es, sin duda, la riqueza de las riquezas, porque constituye la riqueza humana.

Si queremos convertir a Puerto Rico en un país rico, saludable, ilustrado y virtuoso, tenemos que principiar por el principio o la base: el campo. Hasta ahora nos hemos dedicado casi exclusivamente a levantar las columnas, adornar el frontis y construir la majestuosa bóveda del edificio patrio, mientras nos hemos olvidado de los cimientos. Estamos, puede decirse, edificando política, económica, intelectual y religiosamente en el aire. Y es que la mayor parte de los equivocadamente llamados directores del pueblo quieren vivir del campo pero no vivir para el campo; pero ha sonado la hora solemne de que sepamos todos, incluso y particularmente los campesinos, que no podemos vivir sin el campo.

Fijemos, pues, nuestra mirada observadora y nuestro corazón en los pintorescos y fecundos campos de Puerto Rico.

Y ahora, querido campesino que me lees, escucha los sanos y afectuosos consejos que te da un compatriota que nació, se crió y principió a edu-

carse en el campo, al cual nunca jamás podrá olvidar.

Ante todo, procura vivir siempre en el campo. No hay vida más sana y apacible que la que se pasa en contacto íntimo y constante con la hermosa e inspiradora naturaleza, lejos del bullicio ensordecedor y del polvo asfixiante de las poblaciones. ¡Cómo yo suspiro por ese silencio augusto que calma los nervios excitados y por ese aire puro que fortalece los pulmones débiles!

Allí la vida es mucho más económica. Fácilmente se puede obtener una alimentación muy barata y nutritiva. Criando aves, cuidando algunas vacas y cultivando bien una hortaliza se tiene a la mano una magnífica despensa. Y el oxígeno abundante y el ejercicio al aire libre son los mejores patentizados que se conocen con la gran ventaja de que no cuestan un centavo.

La vida en el campo debe ser la más atractiva de todas. Y si no lo es, la culpa la tiene el hombre mismo y no el campo. Adorna tu casa con las más bellas flores, compra o fabrica los muebles más necesarios y cómodos, píntala y aséala con frecuencia y procura, según lo permitan tus recursos económicos, llevar a ella todas las comodidades de la vida moderna. **No basta vivir en el campo; es preciso saber vivir en el campo.** Y esto lo podremos aprender observando cuidadosamente a los norteamericanos, que son unos maestros consumados en el arte de vivir bien.

Cultiva el campo que posees. Dios no dió la tierra al hombre simplemente para contemplarla con ojos de poeta u hollarla con los pies del apalacalles; se la ha dado con la condición de que la cultive y cuide. Dice la Sagrada Escritura, en el libro del Génesis, capítulo 2 y versículo 15: "Tomó, pues, Jehová Dios al hombre y le puso en el huerto del Edén, para que lo labrara y guardase." La vida del paraíso no era una vida de pereza; era y tenía que ser una vida de trabajo diario y vigilancia continua.

Hay que cultivar la tierra lo más que se pueda y lo mejor que se pueda, aplicando al mismo tiempo el cultivo extenso y el cultivo intenso. En tus siembras es más importante la calidad que la cantidad; igual sucede en toda la vida. Selecciona bien el terreno, la semilla y el método de cultivo. No basta que cultives mucho; es absolutamente necesario que cultives bien. Esmérate en ser el mejor agricultor de la comarca, pero no seas egoísta; elévate primero sobre tus compañeros y después empéñate en hacer que ellos se eleven hasta tí.

Sobre todo, te aconsejo a que no vendas nunca tus fincas. La prosperidad de un país no consiste en que haya inmensos capitales acumulados en unas cuantas compañías o en algunos millonarios que posean casi todas las casas y casi todas las tierras. Esto no es más que tiranía arriba y esclavitud abajo, superabundancia en los palacios de los pocos y miseria en las chozas de los muchos.

La prosperidad económica y la independencia política dependen de la existencia de un gran número de pequeños propietarios como sucede en Francia, país de campesinos inteligentes, progresistas, laboriosos y económicos.

Francia pertenece a los franceses, como Alemania a los alemanes y España a los españoles, porque los franceses, los alemanes y los españoles no han vendido el sagrado suelo de sus respectivas patrias a los extranjeros, y tampoco a los grandes capitalistas de dichas naciones; mas ¡ay! Puerto Rico no pertenece hoy día a los portorriqueños. Confesemos francamente que los extranjeros no nos han arrebatado la tierra; fué que nosotros mismos la hemos vendido o entregado y al venderla o entregarla perdimos nuestro hogar y el hogar de nuestros hijos. Somos extranjeros en nuestro país natal, porque lo hemos cedido a los de afuera. Por eso, en la actualidad, se da el curioso caso de que los extraños son los propios y los propios somos los extraños.

Hace cerca de veinte años, precisamente cuando varias ricas corporaciones y hombres listos en los negocios principiaron a comprar los por nosotros despreciados terrenos de Puerto Rico, ofreciendo tentadores precios por ellos, una poderosa compañía pretendió comprar las fértiles vegas de "Los Cocos" en Toa Alta, parte de las cuales pertenecían a mi fenecida madre y hoy pertenecen a sus hijos. Los dueños vecinos estaban muy entusiasmados con las generosas ofertas que les hacían los sagaces agentes, y creían ya el negocio hecho; pero el gozo en un pozo. Mi madre, previsora y noble como muy pocas personas, se resistió enaz-

mente a vender su finca, que estaba en medio de las otras, rechazando una oferta tan liberal, que representaba como el doble de lo que entonces ella valía.

Un amigo mío, admirado de aquel extraño procedimiento de una mujer que era tan ducha y afa-mada en los negocios, parece que le pidió alguna explicación. Y ella, lo recuerdo como ahora, sentada frente al velador de la sala, mueble que le había servido para explicar gráficamente el movimiento monopolizador que ya se iniciaba, gracia a la codicia y la torpeza de los propietarios portorriqueños, exclamó con tono seguro, tierno y convincente: "¿Cómo voy a vender mi finca a esas compañías? Venderla es vender un pedazo de mi patria."

Mi amigo y yo nos quedamos mudos ante el deslumbramiento moral de aquella frase grandilocuente que nuestras mentes no pudieron comprender, pero la que nuestros corazones, latiendo al unísono del gran corazón de aquella campesina hacendosa, sabia y noble, guardaron grabada indeleblemente en sus pliegues más recónditos.

Nuestros oradores han hablado elocuentemente de la patria, nuestros periodistas le han dedicado muy bellos artículos y nuestros poetas la han ensalzado con sus lirás embelesadoras, pero mi madre fué más lejos que los periodistas, los oradores y los poetas: rechazó indignada y clarividente una ganancia de \$15,000 o \$20,000, por no vender como ella decía, "un pedazo de mi patria."

Amemos más prácticamente a la patria, procurando ser efectivamente, no sólo sus hijos amantes, sino también sus principales y legítimos dueños.

Querido campesino portorriqueño, amado hermano mío, conserva y mejora lo que nos queda, y procuremos todos reconquistar pronto y legítimamente lo que hemos perdido.

Abelardo M. Díaz Morales.

Puntos de Vista.

En brazos de un doctor y un sacerdote un enfermo expiró, ateo que en sus últimos momentos creyó en la religión.

El cura entre sus notas escribía con fanático ardor:

"Aunque ateo vivió, se ha convertido... ;Qué lo bendiga Dios!"

El doctor a su vez en sus apuntes consignado dejó:

"El enfermo perdió el conocimiento desde ayer a las dos."—José A. Silva.